

ANTONIA.



L mirar un cielo diáfano y sereno, parece que jamás en su bóveda azul ha tronado el rayo, ni ha sido surcada por la luz lívida del relámpago; al mirar montañas cubiertas de verdura, no nos imaginamos que haya en ellas cavernas tenebrosas; al mirar los tapices de flores que adornan las campiñas, no creemos que oculten serpientes venenosas. Así, al mirar á una muger hermosa que ríe con dulzura, que tiene un encanto mágico en su mirada, que es bella y jóven, no creemos que haya pasado amarguras, que su corazón haya sufrido, que haya apurado acaso todos los do-



Antonia.

lores de la tierra. Antonia es una de esas mugeres tan lindas, tan puras, que su vista inspira un sentimiento que tiene algo de culto y de adoracion; al contemplarla, se cree descubrir un sér superior á la especie humana, superior á nosotros mismos.

Figuraos una jóven de ménos de veinte años, de gallardo talle, de cintura flexible y delicada, de andar airoso y gentil; con un rostro ovalado, de ese color que no es el nevado de las hijas del Norte, sino que tiene algo de las hojillas de la rosa, que entre nosotros se llama *apiñonado*; y esa cútis es tersa, es brillante, y en ella parecen cobrar mayor fuerza los rayos de luz; ojos negros, vivos y rasgados, los párpados sombreados por largas pestañas, lábios pequeños, húmedos y rojos, dientes blancos y pulidos, cabello negro, fino y abundante. Y á este bello conjunto añadió la espresion y la dulzura en las miradas, la pureza de la sonrisa. Sus ojos se levantan casi siempre al cielo, parece que dan gracias ó que imploran misericordia; y en un rostro que no está surcado por el dolor, se encuentra solo el sello inefable de la resignacion.

Tal es Antonia. Su ecsistencia como la de la muger que no degenera por la educacion, ha sido toda sentimiento. El sentimiento en la muger es como el perfume en las flores, les da mas atractivo, mas belleza, pero parece que las marchita mas pronto. La infancia de Antonia pasó como pasa esa edad en casi todas las mugeres: juegos, risas, caricias, y alabanzas. Los besos de una madre forman el tesoro de la niñez, y son como las gotas de rocío que embellecen y refrescan las rosas á la hora del alba.

Antonia tenía una familia que la adoraba, un padre que se enorgullecía de poseerla: tan bella, tan encantadora, que parecía el arcángel protector del hogar doméstico. Cuando Antonia tenía apenas doce años, ya su madre la veía con un encanto que tenía algo de inquietud, su padre temía el porvenir, sus amigas envidiaban su belleza, los hombres la contemplaban con placer, y solo ella parecía no conocer su hermosura. Sencilla y pura, no conocía mas placeres que sus juegos infantiles, que el cultivo de las flores, que los cariños y los regalos de sus padres; no tenía mas pesares que mirar secas ó deshojadas las flores que habían merecido sus cuidados, ó contemplar que algun triste pensamiento oscurecía la frente de su madre. Se entristecía al mirar místicas sus flores, pero esperaba que otras mil las reemplazasen. ¡Dichosa niña que tenía una esperanza! ¡Cuando se agotan las ilusiones y se debilitan las creencias que son flores de la vida, qué bello sería esperar nuevos ensueños! Pero entonces solo creemos en el dolor. . . . Cuando la madre de Antonia estaba triste, pronto un beso de su hija la hacía sonreír de alegría y de felicidad.

Nada es tan bello como ese amor puro, desinteresado y ardiente de dos mugeres cuando una es madre de la otra; se asemeja al tallo de la plan-

ta, que se engalana con sus flores, ó al olmo que se deja abrazar por la enredadera. Jamás la muger encuentra quien la ame como su madre; bien puede despues inspirar una pasión ardiente, pero entonces es adorada porque es bella, ó porque puede amar; mientras que su madre la ama solo porque es su hija, aún cuando fuera ingrata, como Dios ama á sus criaturas. El amor de los hijos á su madre es tambien tierno y puro. Como si para compensar las pérdidas que sufre el corazón de la esposa al ver que pasan los arrebatos de la pasión de su esposo, al ver que se resfría su amor, el afecto de una hija constante y duradero llena el vacío que queda en el corazón de la muger.

Así se amaron Antonia y su madre. Su existencia era tranquila y feliz; los días corrían sin traerles mas que bellos pensamientos y halagadoras esperanzas; pero las esperanzas de la vida humana son siempre destruidas por el destino, y el que se sueña dichoso, despierta en medio del infortunio.

La muerte llegó á la casa de Antonia, é hirió al padre de la familia, dejándola en la

orfandad y en la miseria. El llanto y la amargura ocuparon la existencia de aquellas dos mugeres durante algunos meses, y despues se encontraron solas en el mundo, sin amigos, y sin amparo.

¿Habeis visto alguna vez á una pobre viuda con su hija, aislada y triste, sin encontrar quien le tienda una mano protectora, y lo que es mas, temiendo y desconfiando de toda proteccion? Dos mugeres así, parecen aves que han perdido su nido y que atraviesan el desierto espuestas al tiro del cazador. Imposible es esplicaros lo que sufrieron Antonia y su madre: miseria, vergüenza, esas privaciones que son un martirio, porque el mundo que es siempre injusto, las condena como si fueran un vicio; tal fué su vida.

Debe padecer mucho la muger que ha tenido una casa espléndida y se mira despues reducida á una habitacion miserable; que ha tenido lujo y riqueza y despues se cubre con andrajos; que ha sido admirada, adulada, y despues se ve despreciada porque ya no es rica, porque no hay quien sienta halagada su vanidad en llamarse su amigo. Una gran fuerza de alma se necesita, para que una débil muger resista tanto sufrimiento; y sin embargo, Antonia pasó serena por la miseria; sufrió, es verdad, pero en calma y con resignacion; para ella había algo que valía mas que el lujo y la riqueza: la vida de su madre, y la conservacion de su virtud. La niña que había tenido criados, que nunca había tenido mas ocupacion que estudios agradables, tuvo que vivir de su trabajo, sufriendo humillaciones é insultos. Generalmente las mugeres des-

precian á las jóvenes que son pobres, y los hombres creen que tienen derecho para insultarlas; y cuando las ofrecen amor, tal oferta es la mas atroz injuria. La pobre Antonia sufrió todo, y no obstante, contenta y pura procuraba animar á su madre que lloraba sin consuelo.

Huyeron los falsos amigos, y casi todos son falsos; al perder la fortuna se pierde tambien toda esa chusma de gentes que sonrío afablemente, que oprime la mano del opulento, y muchas veces no queda ni un hombre que se digne saludar á la familia arruinada. Hay pérfidos que presentan entónces una amistad engañosa, esperando que la muger prefiera la riqueza al honor; y suele haber corazones generosos que nunca se presentan en medio de la felicidad, y á la hora del infortunio amparan y respetan la desgracia.

Cuando Antonia sufría, cuando su madre lloraba, cuando pasaban dias de amarga afliccion, cuando solo la virtud las libraba de desesperar de su suerte, encontraron un hombre que les manifestó vivo interés, que les ofreció cambiar su situacion. Madre é hija bendijeron á su protector. Este había sido amigo del padre de Antonia, había recibido de él mil favores, y ellas creyeron que la gratitud guiaba su conducta. Pronto vieron que cesaba su miseria; se encontraron en una cómoda medianía, y cuando el amigo despues de algunos meses dijo palabras de amor á la inocente niña, ella se estremeció y vaciló: no sentía amor hácia aquel hombre, pero dominada por un senti-

miento de gratitud dudó un momento si parecería ingrata si no correspondía al amor de su bienhechor. Pronto pasó esa duda, porque en su noble corazón sintió que debía ser franca, y jamás debía engañar al hombre que la había sacado de la miseria. Le ofreció su inmensa gratitud, le prometió el afecto de una hermana, el de una amiga sincera, pero le confesó que no lo amaba, que no sentía pasión hacia él. Pareció él estimar aquella franqueza, pero pasado algún tiempo volvió con nuevas instancias, y entonces dijo á Antonia que le ofrecía no su mano, sino su amor, que así quedaría libre para unirse con el hombre que más amara. No necesitó más la pobre joven para indignarse y conocer la perfidia de su bienhechor. Lloró al mirarse ultrajada, sintió la mayor amargura de que un hombre hubiera creído que ella pudiera aceptar la deshonra. Nada respondió á su falso protector, y cuando él se hubo retirado, Antonia y su madre se resolvieron á volver á la miseria, y huyeron de la casa en que habitaban, para escapar de las ofertas criminales del hombre que anhelaba su perdición.

El pérfido amigo, irritado, herido en su orgullo con la conducta honrosa de Antonia, la calumnió vil y cobardemente, y ella sufrió este nuevo martirio perdonando á su enemigo, sin guardar en su pecho rencor alguno.

Vuelta á su miseria y á su abandono, estaba contenta y se creía feliz porque la conciencia de su virtud le bastaba. Vivía rodeada de privaciones materia-

les, pero en cambio sabía que era pura, y contaba con el amor de su madre. En la oscuridad, sin brillo ni esplendor, trabajando en su miserable morada, ú orando con fervor en algún templo, Antonia crecía en años y en hermosura; la niña era ya mujer, pero ignorada como el oro que se esconde en las entrañas de la tierra.

Tal vez por la mente de la joven cruzaba bello y delicioso un pensamiento de amor; pero se miraba pobre y olvidada, creía que ningún hombre querría unir su suerte á la suya, y entonces con dolor reprimía sus ilusiones para no alimentar una esperanza engañadora. La madre de Antonia también pensaba en el porvenir; morir y dejarla sola, era una perspectiva que la hacía estremecer.

Y Antonia cada día era más linda: las penas que había sufrido no habían hecho más que ponerla un poco pálida, que estender la sombra de sus párpados; y en medio de su palidez la hermoseaban su cabello y sus ojos negros. Sentía en el fondo del corazón esa secreta necesidad de amar y de ser amada que experimentan todas las almas jóvenes, todas las naturalezas ardientes. ¡Qué magia tiene ese idealismo de amor que sueña el alma antes de conocer lo que es el mundo!

Antonia sensible hasta el extremo, sensible en su infancia al placer inocente y á la ventura doméstica, sensible en el infortunio, y fuerte para resistirlo, sensible en su afecto filial, conocía que aún había en su corazón una sensibilidad más esquisita, más pura y

delicada, alimentando un deseo vago é indeterminado, un deseo que no podía esplicarse de una manera perfecta.

La muger que conoce que es hermosa, y que está persuadida de su virtud, tiene motivo para esperar un amor puro y ardiente. Pero Antonia sabía que el mundo opone una barrera al corazon; que la sociedad se mofa del que ama á una muger pobre, sin nombre, y que no es universalmente admirada. ¡Pobre Antonia! Ignoraba que había un corazon que latía por ella, que ecsistía un hombre que la adoraba y que no se prosternaba á sus piés para decírselo, porque temía ofender su delicadeza, manchar con su aliento la virtud de la jóven. Era un jóven que la había conocido cuando era niña, allá en sus dias de prosperidad, que había sentido hácia ella una irresistible simpatía, que había visto con dolor sus infortunios, que había comprendido sus virtudes, y que vacilaba para ofrecerle su amor, porque los que deveras aman, son siempre tímidos, por la idea elevada que se forman del objeto amado: se ama con fuego, se ama con pasion; pero se teme que el amor sea una ofensa, que la muger sea tan pura, que el corazon mas noble sea indigno de poseerla.

El jóven, vacilando y dudando siempre, se resolvía á veces á no volver á ver á Antonia, cuando rezaba arrodillada al pié de los altares, cuando suspiraba hermosa é interesante elevando sus ojos al cielo; pero

cuando ecsiste una verdadera simpatía son en vano todos los propósitos de huir de quien la inspira. La comparacion del imán y el acero está ya muy repetida, sin embargo, se usará siempre porque es la mas esacta cuando se trata de verdadero amor.

Notó al fin Antonia que había un hombre que casi siempre la veía, y sin duda ese instinto previsor de la muger la hizo adivinar que era amada. Antonia recordó todas sus ilusiones, todos sus ensueños, y sin creerlo ella misma amó al jóven que la seguía por todas partes.

Tal vez cambiaron algunas miradas, que animaron al jóven, y de día en día, llegaron á comprender su pasion y á confesársela. Todo el mundo sabe cómo se avanza en tales casos; lo que se goza, y lo que se sufre; la esperanza y el temor se dividen entónces todos los latidos del corazon.

El amor de Antonia fué turbado por su antiguo enemigo, que quiso calumniarla á los ojos del amante. Pero ella no necesitó ni aún justificarse. Su madre había aprobado sus inclinaciones porque eran purísimas. Antonia al fin fué la esposa del hombre que la amaba, y hoy vive feliz, conservando sin embargo un recuerdo de sus pasadas amarguras.

Mucho ha sufrido durante su juventud, pero como jamás la abandonó la fé, ni el culto de la virtud, el dolor no ha dejado huellas en su corazon, ni en su rostro angelical. La felicidad ha dado nuevo brillo á su semblante, y ella si recuerda sus pasados infortu-

nios, es solo para aliviar todos los sufrimientos que encuentra en este mundo.

Si Antonia se hubiera entregado á la desesperacion, si no hubiera sido siempre virtuosa, jamás habría logrado la ventura que embellece su existencia.



EL PRIMER BESO DE AMOR.

¡MARCHAOS con las ficciones
De vuestros fútiles cuentos,
Con esos sándios inventos
Que la locura forjó!
Dadme la dulce mirada,
Del alma espejo luciente,
O el arrebató ferviente
Del primer beso de amor.

Vosotros, versistas fieles,
Cuya ardiente fantasía,
Para la alameda umbría
Forma pastoril cancion,
¡Cuánta inspiracion bendita
Vuestras endechas mostraran,
Si vuestros lábios libaran
El primer beso de amor!